



catequesis
Sábado santo



La resurrección de Jesús

Del libro "LA FE EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE. TEOLOGÍA PARA DAR QUÉ PENSAR" (Antonio Jiménez Ortiz)

"Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús, el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó (...). Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías" (Hch 2, 22-24.36)

En estas palabras de Pedro del libro de los “Hechos de los Apóstoles”, en el que se narran los primeros pasos de la iglesia, resuenan los ecos de la **predicación inicial del cristianismo primitivo**, como puede comprobar la investigación histórica. Y también se puede dar por seguro históricamente que **la muerte de Jesús en la cruz** como un maldito de Dios a los ojos de sus discípulos **supuso una ruptura total en su experiencia de encuentro con Jesús**. Todo había acabado. Y huyeron a Galilea con su esperanza rota: “Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel (...)” (Lc 24, 21)

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se puede explicar el resurgir vigoroso del grupo de los discípulos, con una decisión y una valentía que les había faltado poco tiempo antes? Ellos lo afirman una y otra vez: **Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos, y nosotros somos testigos de eso**. El historiador se siente perplejo, porque la llamada resurrección de Jesús, en sí misma, se escapa a su método histórico. Los documentos sobre ella le parecen contradictorios y no los considera concluyentes. Y solo queda la palabra (y la

actuación) de unos judíos de hace dos mil años.

Para **explicar ese comienzo explosivo del cristianismo** tras la muerte de Jesús, teólogos, filósofos e historiadores analizan desde el siglo XVIII los testimonios escritos desde sus propias perspectivas y prejuicios: solo existe lo histórico, y esto ha de ser por principio empíricamente comprobable. Y la resurrección en sí no lo es.

Por tanto, hay que buscar otra explicación plausible como procesos de tipo psíquico en unos discípulos traumatizados, que abandonaron a su maestro, o visiones psicógenas de quienes quisieron superar su fracaso y su culpabilidad, o conclusiones precipitadas a partir de modelos religiosos de aquel tiempo, o el desenlace lógico de un proceso de conversión de los discípulos que nunca perdieron la fe en Jesús.

Los testimonios del **Nuevo Testamento**, con géneros literarios muy diversos, convergen en un punto: **la génesis de la fe de los discípulos en Jesús resucitado parte de un ENCUENTRO con él que cambió radicalmente sus**

vidas y les llevó a una reelaboración compleja de su experiencia religiosa. El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, Dios de la creación y de la vida, había actuado en la muerte de Jesús, y había adelantado en él su intervención salvadora del final de los tiempos, según las palabras de los profetas.

Por eso el Nuevo Testamento no contempla la resurrección de Jesús como la reanimación de un cadáver, que retornaría a su existencia anterior, en las coordenadas del espacio físico y del tiempo comprobables empíricamente por cualquiera con ojos para ver. **Se trata del paso de la muerte a la Vida en Dios, de la exaltación de Jesús a la derecha de Dios, como expresión simbólica de su pertenencia al misterio de Dios, como Hijo de Dios y Señor de la historia**. La resurrección, por tanto, trasciende del marco de lo histórico empírico. El Nuevo Testamento no habla de testigos presenciales directos del momento mismo de la resurrección. El relato pascual de la tumba en Mc 16, 1-8 (primer evangelista que ofrece este testimonio) presupone ya la fe en la resurrección. Es imposible encontrar en el

sepulcro al que Dios ha resucitado. **El sepulcro no desencadena ni fundamenta la fe en la resurrección de Jesús. Es solo un signo para el que ya cree**: “No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazarenos, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro: “Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo” (Mc 16, 6-7).

Lo que un historiador neutral puede comprobar es el fracaso trágico de Jesús y la huida de sus discípulos, su regreso imprevisto a Jerusalén con grave riesgo para sus vidas, la formación de la primera comunidad cristiana y su predicación inicial, y el desarrollo explosivo de una reflexión cristológica, que era totalmente impensable desde la matriz de su fe religiosa judía.

En su experiencia, todo ello está sostenido por la **convicción creyente de que Jesús ha resucitado de entre los muertos**. Y esa convicción de que Jesús, muerto en la cruz como un maldito de Dios según su creencia judía, vive en Dios como Señor y Mesías, **ha cambiado radicalmente**

sus vidas, ha reestructurado decisivamente el contenido de su religiosidad, y ha marcado un inicio inesperado y sorprendente en la historia de la salvación de su pueblo.

A esta conclusión no llegaron por sus propios medios. Su testimonio es meridiano: **Jesús, vivo y exaltado a la derecha de Dios, se les ha manifestado en su vida cotidiana en un encuentro real.** Los textos contradicciones más antiguas (como por ejemplo 1 Cor 15, 3-5; Lc 24, 34; Hch 10, 39) no hablan de epifanías sagradas o visiones apocalípticas. La forma verbal que se usa en griego es **OPHTHÉ** que significa “se dio a ver, se dejó ver, se manifestó, se reveló”. Corresponde a la forma nifal en hebreo que se usa en el Antiguo Testamento para hablar de la manifestación salvífica de Dios (cf. Por ejemplo Gen 12, 7; 17, 1; 18, 1; Ex 3, 2). **Jesús se les revela como Dios se les revela. Por eso son necesarios los ojos de la fe** para descubrir a Jesús que se impone en sus vidas en un encuentro real y salvífico. Y a pesar de su turbación, de su miedo, de sus dudas e interrogantes, afirman

que Jesús el crucificado les ha salido al paso, se les ha desvelado. Es él el que toma la iniciativa.

Las apariciones no son accesibles a ningún posible observador neutral. **Se trató de un ver creyente, de una experiencia en la fe.** Pero no es la fe la que funda la realidad de la resurrección. **Es el Señor resucitado el que fundamenta la fe.** El origen de la fe pascual de los discípulos está en estos encuentros reales, pero el fundamento de la fe es Jesús mismo, resucitado de la muerte, Señor de la Vida, en quien los discípulos descubren la realidad del reino de Dios, que ha llegado definitivamente. En él se revela Dios como aquel que es amor y fidelidad, más allá de la vida y de la muerte, que es el poder de la Vida, en quien se puede confiar incondicionalmente.

Nuestra fe en Jesús resucitado se apoya en el testimonio histórico de los apóstoles, transmitido a lo largo del tiempo en la Iglesia. Por ellos sabemos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Su experiencia es única y diversa a la nuestra. Y a ella

estamos siempre referidos. **Pero sus testimonios no constituyen el fundamento de nuestra fe pascual. Es Jesús mismo, vivo y presente entre nosotros, como Dios está presente, el fundamento último de la fe de los cristianos hoy.** No creemos solo por una cierta tradición histórica, creemos en Jesús resucitado, Señor de la vida y de la historia, porque hemos hecho también, por gracia del Espíritu de Dios, en el seno de la comunidad de la Iglesia, en su liturgia y en la oración personal, en el servicio gratuito a los demás, la experiencia personal y convincente de su presencia salvadora. Así se puede decir de nosotros lo que Lucas (24, 35) en su relato de Emaús, escribe de los dos discípulos protagonistas: “Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

.....

Del libro “LA EXPERIENCIA DEL RESUCITADO, EN LOS PRIMEROS TESTIGOS Y EN NOSOTROS HOY” (Julio Lois)

“Sólo si el acceso a la fe en la resurrección de Jesús -aún contando con las innegables diferencias fácticas- tiene la misma estructura fundamental para nosotros y para los apóstoles, podemos llegar también a la profesión de la misma fe” (A. Torres Queiruga)

Al igual que sucedió entonces a los primeros testigos habría que decir que hoy el encuentro con el Resucitado tiene que generar una vida nueva informada por el amor y traducida en un seguimiento de Jesús que ha de expresarse en ESPERANZA, LIBERTAD y GOZO.